



HABITAR EN EL CAMINO: TRAYECTOS, AFECTOS Y VIVIENDAS TRANSITORIAS¹

Carlos Ríos-Llamas. carlosrios@delasalle.edu.mx
Universidad De La Salle Bajío

RESUMEN

La casa no es un sitio, sino un trayecto. El objetivo de este artículo es abrir la mirada al habitar como un acto que ocurre en el trayecto entre espacios. Habitar, en arquitectura, suele interpretarse como una experiencia que se determina por el análisis de un sitio y de la subjetividad del habitante. La vivienda, en este sentido, se entiende como un elemento íntimamente ligado a su contexto. Desde un enfoque antropológico que rescata narrativas de la vivienda rarámuri y los refugios de migrantes, se propone una experiencia de habitar como parte de un recorrido, donde la arquitectura se codifica y significa a partir de la situación del habitante, cambiante, desarraigada y en constante tránsito. El argumento central es que la vida ocurre en el camino. La vida es un movimiento constante que no se detiene ¿por qué la casa habría de hacerlo? Si la experiencia de habitar imprime arraigo y pertenencia, también esta experiencia ocurre en sitios intermedios, en espacios indefinidos como las casas estacionales y los refugios temporales.

Palabras clave: habitar, arquitectura nómada, espacio afectivo, trayectos, campamentos, arquitectura rarámuri

INHABITING THE ROAD: PATHWAYS, AFFECTIONS, AND TEMPORARY SHELTERS

ABSTRACT

The house is not a place, but a path. The objective of this article is to open the gaze to inhabit as an act that occurs on the journey between spaces. Living, in architecture, is usually interpreted as an experience that is determined by the analysis of a site and the subjectivity of the inhabitant. The house, in this sense, is understood as an element closely linked to its context. From an anthropological approach that rescues narratives of the rarámuri house and migrant shelters, an experience of living as part of a journey is proposed, where architecture is codified and signified from the situation of the inhabitant, changing, uprooted and constantly transit. The central argument is that life happens on the road. Life is a constant movement that does not stop, why should the house do it? If the experience of inhabiting imprints roots and belonging, this experience also occurs in intermediate places, in undefined spaces such as seasonal houses and temporary shelters.

Keywords: inhabit, nomadic architecture, affective space, pathways, camp, raramuri architecture

Introducción

En el contexto contemporáneo de aceleración y velocidad, las nociones clásicas de espacio y tiempo se modifican constantemente. Los desplazamientos humanos ocurren con mayor intensidad y en lapsos más cortos de tiempo. Las movilidades se han vuelto cada vez más turbulentas, con figuras como el

¹ Recibido: 26-01-2021 | Aceptado: 30-03-2021



“pasajero desesperado”¹, cuyas opciones se reducen por la violencia con la que se politizan los territorios y fronteras. En medio de estas reconfiguraciones del espacio-tiempo, el habitar humano se define en momentos de tránsito y espacios de ocupación temporal. De este modo, las movibilidades rebasan el ámbito de la ingeniería y trastocan las artes, las humanidades y las ciencias sociales.

Los edificios y las ciudades deberían actuar como “máquinas del tiempo”, que se anticipan a las situaciones del contexto en que podríamos habitar en el futuro desde los espacios de tránsito y su articulación política². Esto exige romper con la lectura limitada de la vivienda como cobijo, para pensar en su capacidad para re-crear experiencias. El objetivo de este texto es trazar algunas relaciones entre la movilidad turbulenta, los pasajeros desesperados y la experiencia de habitar entre espacios discontinuos.

La experiencia espacial que se ha asignado a los lugares de tránsito suele definirse en términos de no-lugares, espacios del desarraigo, deslocalización y anonimato. No obstante, el trayecto no es un “espacio vacío” sino el envoltorio de un habitar dinámico que modifica a un tiempo los espacios y corporalidades, de manera que las relaciones edificio-cuerpo reproducen una serie de resonancias tanto de movimiento como de sensorialidad. La arquitectura del trayecto, por mucho tiempo reducida al diseño de circulaciones, no basta para explicar las vidas que ocurren en los espacios de tránsito ni su potencialidad para redefinir el habitar humano.

La relación entre movimiento y sentimiento se pueden verificar en el trabajo de varios arquitectos que han apostado por la experiencia emocional del diseño a partir de las emociones³, la sensorialidad⁴, las atmósferas⁵, la háptica⁶ y las experiencias afectivas de las formas edificadas. Todos estos esfuerzos se concentran en un objetivo común, que es la articulación entre el espacio arquitectónico de representación en el diseño y el espacio de experiencia de la corporalidad del habitante.

En el contexto de aceleración, la corporalidad humana queda expuesta a nuevas articulaciones de poder que ocurren en los espacios de indeterminación como bajopuentes, carreteras, campamentos o refugios temporales (Imagen 1). Mientras algunos antropólogos ven en estos espacios de tránsito, lugares vacíos de contenido o espacios sin ningún atractivo⁸, la apuesta por las experiencias de habitabilidad desde los afectos los recupera como una oportunidad para expresiones como la esperanza, el miedo, la alegría y la tristeza.



Imagen 1. Inmigrantes que habitan las calles de París

Fuente: Carlos ZGZ (libre uso)

<https://pxhere.com/es/photo/125409>



Por otro lado, es importante evidenciar la dimensión política de los trayectos y los espacios por los que atraviesan. Los territorios de tránsito tienen un componente de control y de poder que suele soslayarse. En un paralelismo con los “territorios de la espera”, podemos considerar que “al estar en situación de tránsito, el tiempo se extiende, se dilata, pero parece que el espacio se va reduciendo: ya no está a la altura de nuestras necesidades (o expectativas). La espera, por lo general, induce una sensación de encierro”⁹. Giorgio Agamben, afirma en esta línea, que en los estados de excepción se suspenden los límites espaciales y temporales de las leyes, dando lugar a una biopolítica que diluye los derechos para privilegiar el funcionamiento de los espacios, como en los campos de concentración¹⁰.

Este artículo se organiza en tres partes: la primera parte introduce la discusión sobre la relación indisoluble entre la movilidad y la experiencia espacial desde los afectos. En la segunda parte se exponen, de forma sintética, los perfiles de dos mujeres que habitan en los caminos, es decir, que no identifican un solo lugar como su casa o su hogar. En ambos casos, se expone la movilidad como resultado de procesos que han acelerado las condiciones de precariedad de algunas poblaciones, al tiempo que se rescatan los valores afectivos de esperanza en un lugar que pudiera mejorar sus condiciones de vida. La tercera parte entretiene el ejercicio antropológico con la teoría crítica. Tanto el camino como la pasajera desesperada constituyen una manera de habitar el mundo que exige replantear al mismo tiempo las políticas de la vida, el derecho de habitar y la construcción de espacios transitorios.

La experiencia de habitar como trayecto no atenúa la relevancia del marco contextual, sino que lo reconfigura y fortalece, desde los márgenes de las viviendas temporales donde se ponen al descubierto otras alternativas para la habitabilidad, que rebasan lo físico y estable para acentuar lo maleable y afectivo.

SENTI-PENSAR LA ARQUITECTURA

La idea central de este apartado es que el trayecto constituye una forma de “ser en el mundo” y la corporalidad construye sus propias arquitecturas en las emociones, más allá de un sitio y un contexto geográficamente delimitados. Como alternativa, la arquitectura implica situaciones afectivas articuladas desde la experiencia corporal de movimiento-sentimiento en los trayectos, es decir, en zonas intermedias que ocurren entre lugares definidos.

La relación simbiótica entre espacio edificado y espacio afectivo no está exenta de formas de control. En el trayecto, lo que se pone en la balanza no es una vivienda sino una política de la vida y de las condiciones en que esta se reproduce. Aunque la arquitectura reinterpretada desde contextos afectivos y el dinamismo de los sentimientos permite romper con la mirada física, aparecen formas de poder que estructuran las relaciones entre racionalidad y afectividad. Se trata, por lo tanto, de activar de forma conjunta el sentimiento y el pensamiento en un doble ejercicio que rompa con las dicotomías “hasta converger en un mismo acto de conocimiento que es la acción de sentir y pensar”¹¹.

Jaime Preciado reconoce los fundamentos del sentipensamiento en dos referentes de América Latina: por un lado, el sociólogo Orlando Fals Borda, que introdujo el término sentipensar como un principio de vida explicando que el sentipensar se refiere al “arte de vivir y pensar con el corazón y con la mente”; después el escritor uruguayo Eduardo Galeano propone el sentipensamiento como la no separación de mente y cuerpo ni de razón y emoción¹². En el espacio arquitectónico las emociones iluminan las acciones, dotando al sujeto de un carácter político que sintetiza al mismo tiempo el poder de la mente para pensar (lo racional) y el poder del cuerpo para actuar (lo pasional)¹³. En este sentido, el trayecto reconfigura el habitar sin que se suspenda la continuidad de la vida y las posibilidades de



modificarla o mejorarla. En la capacidad política de la arquitectura sentipensante, la experiencia del habitar rompe con lo poético y subjetivo, para enfocarse desde las políticas de la vida y los márgenes de los mundos más vulnerables, como migrantes y pueblos seminómadas (Imagen 2).



Imagen 2 Jungle de Calais
Fuente: kakna's world. Licencia CC BY-SA 2.0

Para que la experiencia del habitar adquiera una condición de empoderamiento depende de las estructuras de poder que se diseminan en configuraciones espaciales y de las dinámicas sociales de la indiferencia. El espacio afectivo (lo pasional) puede activar tanto las formas emancipatorias (políticas de esperanza) como las formas discriminatorias (políticas del miedo). El “espacio afectivo” ocurre de manera efervescente en los trayectos, donde se pone en tensión la no correspondencia con un solo sitio, contestando políticas de la vida que pretenden controlar y apagan las posibilidades de acción política de minorías étnicas, culturales o económicas.

El espacio de los afectos tiene la posibilidad de romper con las rutinas de la vida ordinaria y desafiar el orden social. El poder de las emociones, en este sentido, va más allá de la experiencia sensorial y adquiere un carácter operativo capaz de potenciar reflexiones, sentimientos y acciones. En las sociedades actuales, el flujo se ha convertido en un desafío para pensar el espacio. No solo los objetos y



personas, sino también las ideas, lenguajes y emociones, aparecen como corrientes aceleradas que emergen y desaparecen con ritmos mucho más acelerados que antes. El ecosistema informacional, con sus propias reglas y espacialidades, ha impreso en las maneras de habitar una dinámica inusitada que se modela en espacios virtuales.

Las emociones son un flujo de representaciones que envían señales al cuerpo y activan reacciones concretas. La metáfora del flujo no solo sirve para indicar los cambios en los metabolismos biológicos, sino la constante comunicación de energía entre el sistema vivo y el medio¹⁵. El flujo de migrantes y pueblos seminómadas puede revelar nuevos mecanismos sobre cómo se habita en un trayecto constante —el flujo contemporáneo—. Lo que nos enseñan los migrantes es que todos somos exiliados o extranjeros, porque existe una separación entre lo que entendemos por nuestros orígenes —como la tierra natal, la casa familiar— y la conciencia pragmática de vivir en un mundo que no tiene ninguna relación con eso, porque se define por la movilidad y desplazamiento constantes¹⁶.

Si el espacio afectivo es una alternativa, también representa un reto como alternativa para sentipensar la arquitectura. La racionalidad hegemónica con que se ha venido trazando la historia de la disciplina sigue en el centro y el espacio de los afectos ocupa todavía un lugar secundario. Seguimos con el reto de plantear alternativas “donde no será necesario reprimir o negar la experiencia íntima, la experiencia del corazón, la experiencia de lo sagrado, reprimidas durante siglos en nombre de la llamada ciencia”¹⁵.

EN EL CAMINO: DOS VIDAS QUE SE HABITAN EN TRAYECTOS

En el verano de 2019, colaborando con una organización francesa en París, conocí a Koumba, una migrante que había vivido 8 meses entre las calles, refugios nocturnos y salas de espera, con la esperanza de encontrar un lugar de residencia definitiva en la capital francesa. Koumba no tenía un lugar donde vivir, sino muchos. En su silla de ruedas, esta mujer indocumentada de 28 años entendía que habitar implica un asunto mucho más complejo que tener una casa. Su respuesta a la pregunta ¿de dónde eres? Nos dice todo: —Hoy soy de aquí, de esta calle... mañana puedo ser de otro barrio—.

La mayor parte de la vida de Koumba ha ocurrido en un trayecto entre lugares. Su primera infancia ocurrió en Ourosogui, una población en Senegal, donde todavía podía caminar. Una enfermedad degenerativa le fue minando poco a poco la fuerza de sus piernas, pasó por muletas, andadera y luego la silla de ruedas. Antes de venir a París, en Dakar tenía un departamento en el segundo nivel de un edificio, donde vivía con su hijo de un año de edad. Su marido la visitaba un par de veces por semana. Koumba es la segunda esposa. Se casó luego de terminar sus estudios de informática.

Koumba busca un lugar con las condiciones necesarias para una persona en silla de ruedas. En Senegal, ni las calles, ni el transporte, ni las casas estaban adaptados para personas con movilidad reducida. Hasta entonces, vive en un constante trayecto. Llama por teléfono todos los días para que el servicio francés de alojamientos temporales le encuentre un sitio. Todo sigue lleno. Su espera solo se fundamenta en un afecto: la esperanza.

Para una pasajera desesperada, con movilidad reducida, el movimiento es un tema central. Su modo de interpretar el habitar. Su vida se estructura en oposición a la inmovilidad y residencia uni-situada. Desde niña, habita el trayecto constante y lo experimenta más allá de lo geográfico-objetivo. Su camino se cimenta en la espera y su vida ocurre entre lugares. Estos espacios —intermedios— ocurren entre lugares. Su definición no depende de un contexto social o geográfico sino de los afectos que articulan movimiento y espacio edificado. Por encima de los lugares físicos, son las emociones las que estructuran la vida humana en tránsito (Imagen 3).



Imagen 3. Campamento de refugiados en Etiopía
Fuente: EU Civil Protection and Humanitarian Aid. Licencia CC BY-NC-ND 2.0

La situación de calle encierra también una vida de calle. Más allá de la precariedad, las movi­lidades ilegítimas violentan el orden y proponen espacialidades de resistencia. Tanto la dimensión afectiva del espacio —luchar, no rendirse, no quedarse quieta—, como la conversión del trayecto en “lugar de vida”, expresan el alcance que tienen las corporalidades de los más vulnerables para ver el mundo con otros ojos y resolver el hábitat desde nuevas perspectivas.

El segundo referente para ilustrar el habitar en espacios transitorios son las comunidades indígenas rarámuri. El constante desplazamiento de algunos pueblos de América Latina obedece a otro tipo de circunstancias, de orden cultural y ambiental. Tras algunas observaciones directas y diálogo con habitantes de la Sierra Tarahumara que viven en los alrededores de Creel, se describe su manera de habitar. El referente principal es Maribel, que se mudó recientemente al Valle de la Montura cerca de la Misión de San Pedro.

En la llamada Sierra Tarahumara, en el surponiente del estado de Chihuahua, México, la comunidad indígena rarámuri ha construido su propia ontología con respecto al habitar. Sus viviendas son estacionales y dependen principalmente de los ciclos de cosecha y de las condiciones del entorno. Los rarámuris se piensan y sienten desde el movimiento constante. Ancestrales corredores, rebeldes a la concentración urbana, los rarámuris han mantenido su manera de edificar dispersa entre las montañas, desde las que tardan desde uno hasta tres días para reunirse. Los estudios resaltan “su actitud de



resistencia [par]a modificar los aspectos esenciales de su tradicional forma de entender el mundo y actuar sobre él”¹⁷.

La narrativa sobre el nomadismo rarámuri cuenta que, al llegar los jesuitas, se intentó concentrar a los indígenas en las misiones. Ante la negativa de estos pobladores que viven dispersos en las montañas, se les arrebató a los niños y niñas para educarlos en las misiones. Al mismo tiempo construyeron casas para que, en la madurez, los jóvenes educados por los jesuitas se quedaran de manera definitiva en los poblados. El desenlace fue distinto: una vez en edad adulta, algunos en parejas y con una vivienda asignada, los rarámuris se regresaron a las montañas y recuperaron su vida en hogares dispersos y estacionales. Hasta la fecha, muchos niños y niñas rarámuris que son educados en instituciones religiosas (Imagen 4), tan pronto crecen, retoman su vida seminómada.



Imagen 4. Niñas rarámuris internas en la misión de Batopilas, Chihuahua
Autor, 2020



La casa de Maribel se terminó hace un par de meses. La construyeron en comunidad, aprovechando un apoyo gubernamental que les donó los materiales. Como la mayoría de las viviendas rarámuris, se trata de un solo elemento edificado, donde se organizan las actividades de cocina y dormitorio. La cubierta, considerando la inclemencia del clima, consta de una primera cubierta plana, con un terrado sobre madera. Por encima de esta se coloca una techumbre de láminas metálicas que garantiza la protección contra la lluvia y la nieve, al mismo tiempo que deja una capa de regulación térmica entre la cubierta plana de tierra y el techo inclinado (Imagen 5 y 6).



Imagen 5. Vivienda rarámuri. Materiales donados
Autor, 2020



Imagen 6. Vivienda rarámuri. Materiales donados
Autor, 2020

Las familias rarámuri suelen agruparse en espacios geográficos extensos. Como ellos explican, cada uno conoce las delimitaciones en las que puede establecer su casa, con libertad de desplazarse en cualquier momento. Como las construcciones suelen ser pequeñas y se materializan en colaboración entre familias, desplazarse no es una tarea complicada. Las jornadas de apoyo a la edificación suelen concluir con festejos, conocidos como tesgüinadas, que pueden durar desde tres días hasta varias semanas.

La particularidad de la arquitectura rarámuri radica precisamente en la caducidad del sitio en el que se emplaza. El asentamiento disperso está condicionado más bien por la limitada capacidad productiva de la tierra o por el deseo de independencia familiar¹⁷. Tanto la vivienda de Maribel como la de la mayoría de los rarámuris tienen un carácter transitorio porque su vida no depende del lugar en el que se coloca la casa. Más bien, la casa debe adecuarse al constante desplazamiento de los habitantes (Imagen 7).



Imagen 7. Viviendas rarámuris dispersas en Samachique, Chihuahua
Autor, 2020

A partir de estos registros sintéticos, de corte antropológico, se nos presenta la complejidad de relaciones desde las situaciones, relaciones y construcción de sentido que le dan las personas al mundo en que habitan. Tanto la historia como las identidades se forjan en un tejido indisoluble con los lugares; lugares que se nombran y se constituyen como casas, hogares. Es probable que se trate de espacialidades de violencia, de espacios transitorios que la gente preferiría olvidar —como las calles donde habita Koumba— o de espacios de precariedad donde predomina el hambre y las carencias — como la Sierra Tarahumara con sus carencias sociales y alta desnutrición—, pero también estos intersticios nos ofrecen una lectura alterna, tanto de la condición humana, como de la configuración de las viviendas y lo imparable de la vida.

LA CASA NO ES UN SITIO, ES UN TRAYECTO



Uno es del lugar donde uno vive. Entonces ¿de dónde somos cuándo vivimos en un trayecto constante? ¿de dónde son los migrantes y refugiados? ¿de dónde son los pueblos seminómadas? ¿de dónde somos los nómadas contemporáneos? La respuesta a todas estas preguntas se articula desde un habitar que se reconfigura “en el camino” como propone Kerouac. La experiencia del habitar no se contextualiza ya por las condiciones del sitio o emplazamiento de una vivienda, sino por la situación del habitante, siempre móvil.

Tanto en el caso de los migrantes sin domicilio fijo en París, como en el caso de los pueblos rarámuri que se desplazan entre estaciones, hay una modificación fundamental en la experiencia de la casa, que ya no es algo inamovible sino pasajero. Esta ruptura con la casa como fundamento de identidades trastoca también la noción de habitar en su dimensión sociogeográfica. Ya no pertenecemos a un lugar de origen —la casa familiar—, como una construcción de sentido que heredamos sin que realmente nos determine. Vivir ya no se refiere a un lugar, sino a una manera, una dinámica, una respuesta al entorno en el que nos movemos, pensamos y sentimos.

Por encima de quienes consideran la capacidad de agencia de los sujetos como posibilidad para cambiar el orden de las cosas, no es la agencia sino la vida misma —activada por los afectos— la que puede revolucionar el mundo. El fundamento también es distinto, porque tanto en las cosmovisiones de América Latina como en las de África, persiste una manera alterna para sentir y pensar en/con/desde el hábitat. Si la racionalidad hegemónica del mundo anglo-euro-céntrico se nos había impuesto como marco de lectura de las jerarquías y estructuras sociales —desde las que se modelan los espacios habitables—, existe también la alternativa desde culturas arraigadas en lo espiritual, lo emocional y lo dinámico del mundo.

Aunque habitar en el trayecto podría pensarse desde lo individual-subjetivo, en contra de las colectividades, es precisamente en el trayecto donde se articula la vida social. Para los indígenas rarámuri, por ejemplo, es fundamental el trayecto como principio de la vida colectiva. Esto se puede ilustrar con la centralidad que ocupan estos desplazamientos para materializar las prácticas comunitarias tanto religiosas como festivas, ya que se desplazan precisamente para participar en las *tesgüinadas* “para no perder el contacto, mantener los vínculos, transmitir y adquirir conocimientos, y hacer posible la socialización”¹⁷.

Desde su reflexión sobre los campamentos de refugiados, Michel Agier considera que cuando solo se ocupa una vivienda provisional uno no está necesariamente en el mundo, porque estar en el mundo tiene al mismo tiempo una implicación ecológica y social, es decir, que estar en el mundo exige la posibilidad que tiene el individuo para crear su hábitat¹⁸. A esto me refiero con la capacidad política del habitar desde las emociones, es decir, la experiencia cuerpo-espacio que se tiene desde la reflexión y sentimiento emancipadores. La posibilidad de transformar los sistemas societales desde la rebeldía de una migrante africana que desafía el enclave territorial y la burocracia política poniendo su corporalidad como estandarte. La alternativa de los seminómadas rarámuri que plantan sus casas temporalmente ahí donde el ecosistema les interpela, pero que no se doblegan a la inmovilidad y la sumisión. Es este tipo de resistencias las que se modelan desde racionalidades de valor, racionalidades cósmicas que violentan y fracturan los sistemas lógicos del pensamiento.

CONCLUSIONES



En el marco del espacio afectivo y el sentipensar de la arquitectura, propongo una nueva versión nómada de la vida y de la casa. El arraigo no busca un sitio sino una subjetividad, un modo de ser y de ocupar el mundo. Como migrante o seminómada, el hogar no es un sitio ni un edificio, sino una condición de vida que se constituye en la turbulencia de las aspiraciones y poderes coercitivos. Sentipensar la arquitectura nos abre una posibilidad para romper con las dicotomías de emoción/razón desde los afectos que activan a un tiempo la sensorialidad y reflexividad en el constante flujo entre espacios.

En México se suele decir que “tu hogar es donde está tu corazón”. A la luz de los migrantes y seminómadas, podemos decir que “tu hogar es donde está tu vida, no donde está tu casa”; porque la vida no se detiene en un sitio; porque la vida es el fundamento del habitar; y porque el habitar se experimenta desde la corporalidad en movimiento.

La aceleración contemporánea modifica la experiencia del habitar desde los ajustes vertiginosos del clima, las crisis migratorias y las aspiraciones culturales. El espacio de los afectos, en el trayecto, nos permite saltar desde lo concreto de las vivencias hasta lo conceptual de las teorías. Además, sentipensar en el trayecto es una posibilidad de cambio, una manera de romper con el situacionismo y con las estructuras desiguales que vulneran a ciertos habitantes y grupos sociales.

Habitar un trayecto, no una casa, aun cuando existen trayectos violentos que uno quisiera olvidar, es reconocer que también las emociones negativas tienen su propia capacidad para transformar el mundo. En contra de los “no lugares”, considero que los espacios de tránsito desarrollan sus propias relaciones geográficas, sociales y afectivas. En los trayectos se recrea la vida, una vida con capacidad de autogenerarse de forma multisituada y no limitada ni a una casa ni a una coordenada.

NOTAS

1. Craig Martin, en su análisis político de las migraciones, indica que existe una “violencia de la velocidad” que expone principalmente a los viajeros desesperados que se encuentran en medio de los procesos de traslado como las migraciones.
2. Peter Adey considera que el futuro de las movilidades abre la puerta a la comprensión de los nuevos escenarios de control, diseñados desde el diseño y regulación de los espacios de tránsito como los aeropuertos.
3. Donald Norman, en su obra *Emotional Design*, rescata el impacto que tienen los artefactos de diseño sobre las emociones y las experiencias cotidianas del ser humano.
4. Pallasmaa se ha convertido en un referente para la arquitectura que rebasa la centralidad de la imagen y el campo visual para integrar la sensorialidad y las percepciones periféricas de la experiencia arquitectónica.
5. En su obra *Atmósferas*, Zumthor ha establecido un referente sobre la corporalidad de la percepción arquitectónica.
6. Bernard Tschumi, en *Architecture and Disjunction*, critica la lectura estilística de la arquitectura y propone una alternativa, desde secuencias emotivas y experiencias corporales.
7. Pallasmaa J. *Eyes of the skin: Architecture and the senses*. *Architect*. Published online 2006.
8. El antropólogo Marc Auge, en su obra *Los no lugares espacios de anonimato*, expone los lugares de tránsito como espacios vacíos de contenido y faltos de definición. Esta interpretación



se ha convertido en uno de los argumentos de mayor relevancia en los análisis arquitectónicos y urbanos.

9. Alain Musset, en su análisis de « territorios de la espera », dominados por la incertidumbre y al mismo tiempo abiertos al cambio y reconfiguración del espacio-tiempo, gracias a las relaciones que se establecen entre los diferentes actores.
10. Giorgio Agamben. *Homo Sacer. El poder soberano y la nuda vida*.
11. De la Torre S. *Sentipensar: estrategias para un aprendizaje creativo*, (Mimeo, 2001), p. 1
12. Jaime Preciado, “Sobre el sentipensar macondiano universal”, en *Discusiones, problemáticas y sentipensar latinoamericano*, ed. José Javier Sandoval Forero, Andrés; Proto Gutiérrez, Fernando & Capera Figueroa (Buenos Aires: Arkho Ediciones, 2019), pp. 5–18.
13. Michale Hardt, *The Affective Turn: Theorizing the Social*, (Duke University, 2007), pp. 8–13.
14. Viderman, Tihomir, y Sabine Knierbein. “Affective urbanism: towards inclusive design praxis”. *Urban Design International*, 2020, p. 55
15. Moraes M, De La Torre S. Sentipensar bajo la mirada autopoietica o cómo reencantar creativamente la educación. *Creat y Soc.*, p. 45-53
16. Michel Agier, ““Je me suis réfugié là””, *le sujet dans la cité 1*, núm. 2 (2011), párr. 3
17. Ángel Acuña Delgado, “Correr para vivir: el dilema rarámuri”, *Desacatos. Revista de Ciencias Sociales*, 2014, p. 133
18. Agier M. *Gérer les indésirables: Des camps de réfugiés au gouvernement humanitaire* (Flammarion, 2008).

BIBLIOGRAFÍA

- ADEY, P. (2008). Airports, mobility and the calculative architecture of affective control. *Geoforum*.
<https://doi.org/10.1016/j.geoforum.2007.09.001>
- AGAMBEN, G. (2003). *Homo Sacer. El poder soberano y la nuda vida*. Pre-textos.
- AGIER, M. (2008). *Gérer les indésirables: Des camps de réfugiés au gouvernement humanitaire*. Flammarion.
- AGIER, M. (2011). “Je me suis réfugié là”. *le sujet dans la cité*, 1(2), 90–99.
- AUGE, M. (2013). *Los no lugares espacios de anonimato*.
- DE LA TORRE, S. (2001). *Sentipensar: estrategias para un aprendizaje creativo*. Mimeo.
- DELGADO, Á. A. (2014). Correr para vivir: el dilema rarámuri. *Desacatos. Revista de Ciencias Sociales*. <https://doi.org/10.29340/12.1128>
- HARDT, M. (2007). Foreword: What Affects Are Good For. En J. Ticineto Clough, P. & Halley (Ed.), *The Affective Turn: Theorizing the Social* (pp. 8–13). Duke University.
- MARTIN, C. (2011). *Desperate passage: Violent mobilities and the politics of discomfort*. *Journal of Transport Geography*. <https://doi.org/10.1016/j.jtrangeo.2011.03.005>
- MORAES, M., & De La Torre, S. (2002). Sentipensar bajo la mirada autopoietica o cómo reencantar creativamente la educación. *Creatividad y sociedad*.
- MUSSET, A. (2015). De los lugares de espera a los territorios de la espera. ¿Una nueva dimensión de la geografía social? *Documents d'Anàlisi Geogràfica*, 61(2), 305–324.
- NORMAN, D. (2007). Emotional design: Why we love (or hate) everyday things. En *The Journal of American Culture*.
- PALLASMAA, J. (2006). *Eyes of the skin: Architecture and the senses*. Architect.



- PRECIADO, J. (2019). Sobre el sentipensar macondiano universal. En J. J. Sandoval Forero, Andrés; Proto Gutiérrez, Fernando & Capera Figueroa (Ed.), *Discusiones, problemáticas y sentipensar latinoamericano* (pp. 5–18). Arkho Ediciones.
- TSCHUMI, B. (1996). *Architecture and Disjunction*. MIT
- VIDERMAN, T., & Knierbein, S. (2020). Affective urbanism: towards inclusive design praxis. *Urban Design International*. <https://doi.org/10.1057/s41289-019-00105-6>
- ZUMTHOR, P. (2006). *Atmósferas*. En Gustavo Gili.